

CARLOS J. SIERRA

Oriundo de Ciudad del Carmen, Campeche, en donde nació el 31 de marzo de 1933.

Abogado, bibliógrafo, historiador. Dirige el *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*.

Es autor de numerosos artículos y bibliografías ahí aparecidas y de las obras siguientes: *El periodismo mexicano ante la Intervención francesa: hemerografía 1861-1863* (1963); *La prensa liberal frente a la intervención y el Imperio* (1962); *La prensa valora la figura de Juárez, 1872-1910* (1963); *Presencia de Juárez en los gobiernos de la Revolución, 1911-1963* (1964); *Benito Juárez y su proyección continental* (1962); *Guillermo Prieto, compilación, prólogo y notas* (1962); *José María Vigil, Hemerobibliografía* (1964); *Campeche en la legislatura federal, 1857-1914* (1960); *El Chamizal, monumento a la justicia internacional* (1964); *Andrés Iduarte Fouché, hemerografía, 1921-1963* (1965); *Inmortalidad de Morelos* (1965); *José Vasconcelos, Hemerografía, 1911-1959* (1965); *Juárez en la inmortalidad del 21 de marzo* (1965); *Justo Sierra, periodista. Semblanza y compilación* (1964); *Manuel J. Sierra, hemerografía, 1924-1964* (1964); *Mariano Arizcorreta, jurista del siglo XIX* (1966); *Biblio-hemerografía de Luis Chávez Orozco* (1966); *Campeche, imagen de una ciudad. Batalla de Champotón en 1517* (1967); *Documentos sobre la intervención y el Imperio en Campeche, Chiapas, Oaxaca, Puebla, Tabasco, Veracruz y Yucatán* (1966); *Zapata, señor de la tierra, capitán de los labriegos* (1967); y otras más.

Fuente: Carlos J. Sierra. *La prensa liberal frente a la Intervención y el Imperio*. México, Dirección General de Prensa, Memoria, Biblioteca y Publicaciones, 1962. 205 p., p. 16-22.

EL PERIODISMO MEXICANO FRENTE A LA INTERVENCIÓN

La historia de México se encuentra en un curso de epopeyas bélicas en las que han destacado los hechos heroicos, y es frecuente en esos anales la mención de próceres como Hidalgo, Morelos, José María Anaya, y hoy en día, Zaragoza.

Un tanto rezagados han quedado los periodistas, no por falta de méritos, que muchas veces la pluma supera la espada, sino porque no hemos ido a exhumar las brillantes y aún desconocidas páginas del periodismo mexicano del siglo XIX, en que, a partir de la independencia, se orientó hacia una corriente eminentemente política.

El periodista del siglo XIX, en sus primeros años, y principalmente de 1820 a 1870, fue un hombre lleno de inquietudes político-sociales que fue a manifestar a través de la prensa; sin embargo, como político, no pudo conservarse al margen de los vaivenes en que México vivió sus primeros años. El espíritu de partido y la falta de unidad nacional lo privaron de una fuerza directriz que orientara debidamente la conciencia pública.

La falta mayoritaria de unidad en el periodismo no hizo posible, por consecuencia natural y raigambre misma del concierto nacional, una exaltación uniforme de los deberes patrios en la guerra contra los Estados Unidos en la fatídica década de 1840-50; como predicar en el desierto, el periódico *El Siglo XIX* de aquellos años, inútilmente invocaba la unidad, que no estaba solidificada, porque aún faltaba el elemento fundamental que constituye la conciencia nacional de un pueblo.

La tragedia de 1847 señaló una lección perdurable: la creación de la conciencia mexicana en todo el territorio; a partir de aquel entonces, en el Norte como en el Sur, los más connotados periodistas se dedicaron a trabajar en beneficio de la unidad nacional y dejando aparte el localismo acendrado que tanto daño había causado a México, solamente en esa proyección, pensaron, podía crearse una conciencia nacional que coadyuvara al progreso de México a través de sus instituciones republicanas.

La desmembración de nuestro territorio debe haber causado en aquellos hombres un fuerte dolor en lo más íntimo de su conciencia y conocieron que era necesario reivindicar errores y trabajar aún más en prevención de nuevos peligros, que a poco se presentaron a través del partido conservador, que no cesaba en provocar la ruina del joven país.

Sin embargo, la severidad de la primera lección, los conservó alerta y a través de la tribuna del periodismo señalaron los caminos del liberalismo, de la Constitución y la Reforma.

La intervención extranjera, alentada por la traición del grupo reaccionario, puso a prueba de fuego a los periodistas liberales, que llenarían, en contra de los deseos de aquéllos, una de las páginas de mayor emotividad cívica en la historia de México.

Fueron ellos los que, ungidos del espíritu patriótico de nuestros primeros libertadores, llegaron a la palestra no a escribir artículos demagógicos, sino a analizar fría y concienzudamen-

te la situación nacional, las relaciones internacionales, la deuda exterior, el principio de no intervención, la unidad nacional, la defensa contra el invasor, el mérito de las instituciones republicanas, la significación de la monarquía, etc. O sea, ejercieron con el debido profesionalismo que en aquellos días de peligros se necesitaba, su vocación y deber magistral: orientar a la ciudadanía de México y, en esa secuencia, instruirla contra la amenaza, contra la injuria, contra la intervención y el imperio.

Si alguna vez pudiera decirse que el periodismo mexicano ejerció sus funciones con mayor integridad, es, sin duda alguna, y en mérito honroso, a los soldados de la pluma que combatieron las aguerridas tropas de Napoleón II.

Es cierto y verdadero que aquellas páginas, escritas con severidad y convicción, contribuyeron a sostener la inquebrantable fe en las instituciones reformistas, e hicieron posible, en justa proporción, el triunfo de la libertad y la soberanía de México.

Aquellos maestros del civismo y de la pluma, sufrieron persecuciones, fueron desterrados, confiscados sus bienes, sometidos a prisión, etc. Algunos, fallecieron en defensa de sus ideales patrios, como Florencio María del Castillo, para no mencionar más que un solo caso.

A través del presente trabajo, con la mención de los principales editoriales que se escribieron hace cien años y en referencia a la intervención y el imperio, se demuestra la valía y mérito de aquellos periodistas, muchos de ellos aún en el olvido, y algunos, desconocidos en ese aspecto.

En 1861, el periodista J. M. Alvarez, escribió en *El Monitor Republicano* una serie de artículos señalando los puntos primordiales de la cuestión extranjera, las implicaciones de la guerra, el aspecto sombrío que acechaba a nuestro país, así como la reacción de los Estados ante los peligros de la guerra; las redacciones de diversos periódicos nacionales se dieron a la tarea de estudiar profundamente la situación política.

En la ciudad de México se analizaban con criterio y firmes convicciones, y en igual sentido lo hacían en el interior periódicos como *El Destino del Pueblo* de Orizaba, *La Unión de Zacatecas*, *El Microscopio* de Querétaro, *El Garibaldi* de San Luis Potosí, *El Honor Nacional* de Puebla, *La Bandera Roja* de Morelia, y *El Progreso* de Veracruz, para no citar más

que unos cuantos, haciendo consideraciones sobre la intervención extranjera, la invasión, los españoles en Veracruz, comunicaciones oficiales, la ofensa nacional y un llamado a las armas para defender la integridad del territorio mexicano.

Isidoro Guerrero, decía en las páginas de *El Constitucional*, en 1861, que la indiferencia, cuando se trataba de una calamidad nacional, era un crimen; otro periodista escribía, en *El Destino del Pueblo*, de Orizaba, que en la guerra inevitable se deseaba la guerra de honor; otros más, señalaron la necesidad de los aprestos para la guerra; Gregorio Pérez Jardón señaló y fijó el espíritu de la prensa en la cuestión extranjera; León Alejo Torre, desde San Juan Bautista, Tabasco, reducto liberal, escribió sobre la guerra extranjera y el Estado de Tabasco, y el eminente escritor José María Vigil decía desde Guadalajara a través de las páginas de *El País*: “Pocos nombres hay que exciten en el corazón del hombre tan dulces emociones como el de la patria. ¡Patria!, la tierra de nuestros padres, aquella en donde hemos visto la luz primera, en donde se encuentran como encarnados los recuerdos más tiernos de nuestra infancia, donde reposan los huesos de nuestros antepasados, y donde se desea como un favor del cielo descansar cuando hayamos terminado nuestra misión en este planeta.

“Por esta razón el amor a la patria es uno de los sentimientos inherentes a nuestra naturaleza, porque ésta ha querido que el corazón del hombre se apegue a los objetos que le rodean, y con los que se encuentra unido por irresistibles y misteriosas simpatías. . . Bendigamos a la naturaleza que ha puesto en el corazón del hombre esa divina simpatía al suelo que nos vio nacer, a los objetos inanimados que nos rodean, a los seres inteligentes que vemos como hermanos; porque ella es el origen de grandes bienes, y los pueblos en quienes por un verdadero castigo llega a enfriarse ese fuego sagrado, no pueden estar lejos de su ruina completa, puesto que carecen de calor y de iniciativa para defender sus intereses más caros, su independencia y su libertad.”

Así expresaba Vigil el deber y amor a la patria, exaltando el espíritu nacional ante la invasión extranjera; Vigil, que tuviera que salir poco después al extranjero, ante la presencia de los invasores en su tierra natal, y en solar extraño, seguía en su afán periodístico defendiendo la causa de la República.

El propio escritor que menciono con antelación, diría en el primer trimestre de 1862: “. . . las ideas han llegado a un ex-

tremo en que no es posible que retrocedan; el espíritu nacional se ha formado..."; se refería a esa conciencia que estructurada ante el peligro de una tragedia igual o mayor que la de 1847, rechazaría a través de cruentas batallas en días que parecieron interminables, al profanador del suelo patrio; el propio Vigil, uno de los periodistas que más se distinguió por su constante afán analizador de la cuestión mexicano-francesa, afirmaba en octubre de 1862, desde las páginas de *El País* de Guadalajara: "Se nos presentan, pues, dos hechos fundamentales de que podemos partir sin vacilar para establecer nuestras deducciones respecto del porvenir: la voluntad de la nación, unánime y claramente expresada, desde las más populosas ciudades hasta las miserables aldeas, y la brillante y gloriosa jornada del 5 de mayo..."

Un sentimiento general expresaba la prensa periódica del país: a través de aquella unidad, inspirada en una limpia conciencia nacional, se fincaría la derrota del ejército invasor.

Y del vibrar en el concierto del país, señala Federico Berrueto Ramón en su libro sobre Ignacio Zaragoza: "...respondieron todos los estados; Oaxaca ofrecía 2,200 hombres con ocho piezas y 20 obuses; Jalisco pondría a las órdenes del gobierno las tropas que andaban en campaña por el interior y las que operaban contra Lozada; Chiapas se apuntaba con 530 hombres; Zacatecas, con 2,100 debidamente armados y municionados, con dos baterías, al tiempo que prometía 5,000 más con 60 piezas; Nuevo León y Coahuila mandarían 3,000 con una y media baterías, a reserva de elevar considerablemente los efectivos; Puebla comunicaba que podría reunir de tres a 4,000 hombres; Colima, desde luego, ayudaría con 500; Guanajuato con 3,000 y dos baterías; Aguascalientes con 800, y de esa suerte, no hubo entidad que se sustrajera al llamado presidencial. El obstáculo con que se tropezaría habría de ser la falta de recursos para sostener, y en muchos casos armar, vestir y municionar esas fuerzas; también se considerarían las condiciones de algunos estados que al mandar sus contingentes, debilitarían su acción contra las partidas reaccionarias. Esto desvirtúa la socorrida versión de que el país se mostraba indiferente."

Al aparecer en el horizonte de México 1862, la República se aprestó a defenderse en contiendas bélicas y en la tribuna máxima de libre expresión: la periodística.

Las prédicas en 1862 subieron de calor cívico y en claridad

de analizar las cuestiones candentes que se iban sucediendo y así, J. M. Alvarez, a principios de ese año, escribía sobre la prensa en la cuestión extranjera y los impresos clandestinos de la reacción; Francisco O. Arce, desde Tampico, se refirió a la ruptura de los preliminares de la Soledad; Francisco Martínez Arredondo, escribió diciendo que la monarquía en México era un delirio, y que no constituiría la paz, sino una guerra costosa e indefinida; Gabino F. Bustamante, sobre la Reforma y la intervención extranjera; en fin, variedad de criterios pero unidos en la acción orientadora, sobre el problema intervencionista.

La batalla del 5 de mayo, exaltó el espíritu patrio, y los escritores-periodistas señalaron a los mexicanos la enorme significación de esa acción bélica y los renovados esfuerzos para resistir a los franceses y hacer triunfar los principios liberales que encabezaba el presidente Juárez, y así Florencio María del Castillo, el 22 de mayo, pedía más armas, y alentaba a seguir adelante, con mayores bríos, en una lucha larga y sangrienta; Juan Nepomuceno Enríquez Orestes, exclamó: ¡Loor eterno a los denodados caudillos y soldados del pueblo mexicano!; Julio García Peña, señaló el sentir del pueblo en aquella situación y conminaba a la guerra sin cuartel contra el invasor.

Después de la batalla del 5 de mayo, se escribieron innumerables páginas preparando el espíritu nacional a la defensa vigorosa del país; Francisco Granados Maldonado escribió en julio de 1862, sobre la fe en el porvenir político de América, diciendo en otro artículo que México y América vencerían, señalando: "La guerra es hoy la primera de las exigencias sociales", no quedando más que un solo camino, la patria; y decía a sus lectores, desde Puebla: "la opinión que es la mayor de las influencias morales, está de parte de México. Debemos tenerla presente para el éxito de las armas"; dijo en agosto: "Napoleón III, no lograrás matar a la república. . ."

En septiembre de 1862, muere el prócer de Oriente y un clamor general de duelo salió del periodismo mexicano que, con sentimiento, pero buen sentido, exaltó la memoria del héroe e incitó a seguir la lucha; Patria o muerte, se diría en algún artículo.

A fines de aquel año, se dejaba ver ya el invasor preparándose nuevamente para avanzar sobre Puebla, y Granados

Maldonado escribía en septiembre: "Para que se pudiese poner un sitio a Puebla. . ."; más adelante, diría: "¡Armas! ¡Armas!", era el grito que se oía en todas partes, y seguía diciendo: "Sabremos pelear sin descanso. . . Puebla libre. . . preparativos militares, y en octubre, por fin, la expedición a México queda organizada, para concluir diciendo: "¡Adelante! ¡Adelante!, ¡Adelante! Caminemos preparados al fin de esa gloriosa lucha. . .", Sucumbiremos con gloria."

En la actitud de aquellos periodistas, es necesario insistir, pues constituyen un férreo ejemplo de una voluntad al servicio de la patria: "...dejemos un nombre imperecedero que diga al porvenir lo que vale un hombre que sucumbe con gloria", decía Granados Maldonado, y finalizó diciendo: "con el arma al brazo y con la confianza en el corazón. . ."

Para 1863, la prensa del país se ocupó severamente del conflicto y encontramos que Isaac G. Aguilar proponía en un artículo el incendio de los puntos que ocupara el enemigo y se acercó nuevamente la defensa de Puebla de Zaragoza, que se hizo bajo la inspiración de Independencia, Patria, Libertad o Muerte. Cae la plaza de Zaragoza, y los principales periódicos de la ciudad de México suspendieron su publicación, como *El Heraldo*, *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano*, entre otros.

Se preparó el éxodo al norte y muchos periodistas siguieron en su peregrinación al Gobierno Constitucional; la causa siguió siendo defendida por los periódicos de las ciudades del interior que no ocupaba aún el enemigo, como Michoacán, desde donde escribió Martín W. Chávez, diciendo: "Nada de transacciones"; Francisco Macías Valadez, diciendo: "Las mujeres lloran, los hombres se vengán. . ." Gabino Ortiz, desde Michoacán, refiriéndose a la intervención y sus fines, a los periódicos reaccionarios, la intervención y los traidores; Gregorio Pérez Jardón, sobre la próxima campaña, y en noviembre de 1863, diciendo: "El enemigo avanza", y José María Vigil, analizando los sucesos de la ocupación de la ciudad de México por el enemigo, la monarquía, y señalando que la causa de la independencia no era una causa personal, y el egregio Francisco Zarco, desde San Luis Potosí, defendiendo con ese amor que no conocía límites, la integridad de México, desde las páginas de *La Independencia Mexicana*.

En 1864, Colima publica en sus periódicos constantes artículos en favor de la causa de la libertad; lo mismo encontré

en otros lugares del país en ese año y los siguientes: 1866, comenzó a señalar los triunfos de la República sobre el imperio y esa información se encuentra en el *Boletín Oficial del Cuartel General de la Línea de Oriente* de Oaxaca, en el que constan los informes sobre la batalla de la Carbonera, la rendición de las fuerzas imperiales de Oaxaca, la campaña en Veracruz, etc.

En los anales de la historia de México, 1861-1867 señala una de las más brillantes labores que generación alguna haya desarrollado en el campo de la prensa liberal; a ella ocurrieron los más sinceros devotos de la causa reformista y en ella también se iniciaron algunas plumas que más tarde adquirirían notorio prestigio. El periodismo en contra de la intervención y el imperio, fue ejercido por figuras que más tarde alcanzarían cargos públicos elevados, como Guillermo Prieto, Ignacio M. Altamirano, Francisco Zarco, José María Iglesias, etc., algunos de ellos de renombre en el país, otro, como Joaquín Baranda, de extrema juventud, llegaría a ser, a la restauración de la República, un connotado tribuno; igualmente José María Vigil.

